



altair
magazine

SUSCRÍBETE VOCES PASOS CICLOS ▾ 360° ▾ MAPA TIENDA ALTAÏR LIBRERÍA
COLABORA INICIAR SESIÓN

Nadie sospechó

Suicidarse en la Sierra Sur (I) por *Diego Cobo*
en Pasos

Un pequeño jardín y cuatro cipreses rodean las primeras tumbas del cementerio de Alcalá la Real. Las tierras son arcillosas y apenas absorben el agua, así que todas las lápidas están empotradas en muros. Juan Carrillo avanza entre ellas hasta llegar a una explanada en la que despuntan varias cruces y en la que, dice, enterraban a los niños que morían antes de ser bautizados. Pero rápidamente gira la cabeza, da unos pasos hacia la derecha y explica que entre el último bloque de nichos y la pared encalada del recinto hay cientos de cuerpos:

—Aquí no hay diez ni doce ni quince. Aquí es que se suicida mucha gente. De siempre.

Juan Carrillo, mata de pelo blanco y voz quebrada por jadeos y alguna lágrima, aún tiembla sobre el suelo de hormigón de esta porción olvidada del cementerio: debajo palpitan los huesos de su padre. Nunca podrá extirpar de la memoria el día de agosto de 1963 en que Miguel Jiménez Rueda lo recogió en el cortijo para llevarlo a Mures, su pequeña aldea cercana a Alcalá la Real. Sus padres le habían visitado la tarde anterior para decirle que toda la familia estaba invitada a un bautizo y su vecino lo buscó en motocicleta, pero cuando llegó a Mures la mañana siguiente, en lugar de pilas bautismales y vestidos blancos, vio el cadáver de su padre, que se había colgado de un nogal. Los vecinos y la familia lo velaron entre sollozos y lo trajeron al cementerio, aunque no atravesaron el jardín principal, los orgullosos cipreses y las hileras de cemento y mármol; entraron por una portilla trasera y dejaron su cuerpo con el de los demás suicidas:

—Los enterraban, se tapaban y no quedaba ni lápida ni nombre ni cruz ni *ná*. Absolutamente de *ná*.

Juan no acompañó en el último viaje a su padre, de quien había aprendido las nociones del campo y la vida. Su rabia se fue hinchando con el tiempo hasta que, ocho o nueve meses después y acribillado por el dolor, pedaleó los trece kilómetros que separaban su casa del cementerio, se arrodilló en la puerta principal y rezó lo que sabía hasta lograr apaciguarse.

Aquel chico malherido de 15 años que ahora tiritaba sobre el amasijo de huesos mezclados tiene 74 años y 2.000 olivos en Parrilla Alta, las mismas tierras en las que vio por última vez a su padre con vida y donde hace pocas semanas encontraron el cuerpo de un hombre con un disparo en la cabeza. Porque aquí, sí, se suicida mucha gente. Él sigue preguntándose por qué.

—A mí alguna vez se me ha pasado por la cabeza precisamente eso. Te lo digo, que no se lo he dicho a nadie —confiesa—. ¿Y tú sabes lo que me ha hecho sujetarme? Pensar en mis hijos. Y decir: «mis hijos van a pasar lo mismo que yo pasé». Te venían unas tonterías a la cabeza por temas de trabajo... Pero luego recapacitaba y me decía: «¿esta carga se la voy a echar a mis hijos?» Pero eso tiene que darle a uno, Dios o quién sea, la capacidad de reacción. Porque a mi padre no se la dio.

Dos años más tarde, las autoridades quisieron enterrar junto al resto suicidas a un chico de familia acomodada, pero hubo un gran revuelo popular y nadie volvió a dormir más en este rincón en el que una placa recuerda al padre de Juan, a su tía Feliciano y a otras tres personas. Bajo el nombre de los suicidas, se lee: «...y también otros vecinos que gozaron de su amor familiar y desvelo por ellos. Sus descendientes quieren dar muestra y testimonio del paso de su vida, a pesar de la ingratitud de una sociedad que los marginó injustamente». Hay algo extraño en el homenaje impulsado por Juan Carrillo y el sepulturero, que murió de un infarto a finales del 2018, poco antes de ver colgado el trozo de mármol: no se indican las causas de muerte ni de la injusta marginación. Juan echa de menos más explicaciones.

—¿Como cuáles?

—Esto ocurría por la iglesia, ya que mandaban los curas y los alcaldes: la palabra no te la puedo decir exactamente. Pero sí que era la gente que se había suicidado, y cuando dice «los marginó injustamente», decir por qué: porque se quitaban la vida.

Alcalá la Real es la capital de la Sierra Sur, una agreste comarca de Jaén empachada de olivos, manantiales de agua, leyendas, curanderos y suicidios. Muchos suicidios. Una extraña e inusual cantidad de suicidios cuya naturalidad me sorprendió la primera vez que pisé estas tierras. Desde entonces, he regresado más veces y durante más tiempo a Alcalá la Real, a Frailes, a Valdepeñas de Jaén o a Priego de Córdoba, es decir, a pequeñas poblaciones que rozan los mil metros de altura y cuyos índices de suicidio multiplican por dos, por cinco y hasta por diez la media nacional. Y así, un año tras otro. Hasta que sacudido por esa extraña normalidad y su frecuencia —un año, y otro, y el siguiente— regresé a la Sierra Sur el pasado mes de junio para

sumergirme en un fenómeno que la revista local *Entreolivos* definía, en los años noventa, como «una pauta de comportamiento aceptada, sin tragedia, por la mayoría».

En mitad de esa pauta de comportamiento aceptada, sin tragedia, por la mayoría que corroe aldeas de Jaén, Córdoba y Granada, sin embargo, hay quienes han quebrado la indiferencia. Rafael Camacho, por ejemplo, llevaba tres décadas trabajando como policía local en Priego de Córdoba, y eso, en esta pequeña ciudad de resonancias árabes y fachadas níveas con geranios, suponía haber visto muchos suicidios. En torno a la primavera de 2018, cuatro jóvenes se quitaron la vida, y algo más se desencajó dentro de él.

—Te queda un vacío tremendo al ver la línea entre la vida y la muerte: es una línea finísima. Y hay imágenes que jamás se borran —dice Rafael.

—Y tú tienes varias...

—Sí, tengo bastantes: bastante gente joven, y te quedas como diciendo: nadie quiere morir, sino que quieren dejar de sufrir. Y no vemos el sufrimiento.

Afligido tras el último de unos suicidios tan concentrados, Rafael acudió a los servicios sociales y propuso realizar unas jornadas de prevención. Su bramido llegó aún más lejos: fue la semilla de la Mesa Técnica de Actuación Integral ante el Suicidio en la que varios profesionales — psicólogas, trabajadoras sociales, guardia civil, profesores— comparten información y fuerzas. Aquel año acabó con otros tres suicidios en Priego y la incidencia marcó 24 casos por cien mil habitantes, más del triple de la media nacional.

El policía local acumula imágenes, desgracias y alguna pregunta. Porque a la conmoción de un suicidio le sucede el vacío y una angustia que se acaba disolviendo. Y entonces solo queda esperar a la siguiente llamada, a la siguiente escena, al siguiente remolino de policías y forenses y a las siguientes preguntas —las de siempre— que Rafael se hace frente al siguiente cadáver: «¿Qué le ha pasado a esta persona por la cabeza para hacer esto?, ¿cuánto ha tenido que sufrir para dar este paso?, ¿qué no hemos sido capaces de hacer?». Hoy, al menos, respira más tranquilo, pues el último suicida no consiguió matarse con la bombona de gas que abrió dentro del coche.

Fue ayer.

El suicidio en la Sierra Sur está en las conversaciones, en los sembrados, en las expresiones populares, en los árboles genealógicos, detrás de las puertas, en la memoria de los pueblos y en boca de cualquier vecino. La alcaldesa de Frailes hace recuento en su despacho de cinco vecinos que se han quitado la vida en los últimos años, como si la tragedia delimitara el tiempo. Encarnación Castro nació un año después de que su primo se suicidara y su tía huyera del dolor y la vergüenza a Alcalá la Real, donde la alcaldesa estudió la secundaria y perdió —es decir: se suicidó— a una compañera. Encarnación, 37 años, dice que el suicidio se ve como algo natural, y esa cruel apatía es lo que me lleva a Valdepeñas de Jaén por una carretera de montaña entre olivos, misterios, cabras y cortijos.

Valdepeñas es una población encajada en la confluencia de varios montes que pierde población pero no encanto. Una pequeña ciudad, en fin, que reúne los rasgos descritos en el artículo *Suicidio en Andalucía*, publicado en una revista científica en 1991: aldeas aisladas y montañosas, terrenos quebrados, habitantes con bajos recursos y una economía basada en el olivo y el cereal. «No es zona de paso», escribieron los autores acerca de la comarca, «de modo que para visitarlos hay que ir expresamente a ellos; las carreteras de acceso son tortuosas, estrechas y de firme ondulado». O, como me explicó Juan Infante, cronista oficial de Valdepeñas, «es como si estuviéramos más aislados, como si estuviéramos condenados a resolverlo». Y muchas veces se resuelven con la muerte.

—Casi te acabas acostumbrando. Vas, los ves y duermes, pero al principio ni podía comer ni podía dormir —dice Pedro Barranco.

Pedro Barranco conoce todos los suicidios desde que tomó posesión como juez de paz de Valdepeñas en septiembre de 1979. Pedro habla, y habla mucho, entre archivos de los últimos 150 años, aunque él sabe más que los propios documentos: recuerda quiénes y cómo se suicidaron, los dolores y sus detalles, el lugar del que se colgaron. Pedro, de hecho, conoce los medicamentos que tomaban muchos de ellos, las que tomaban sus padres y las que habían tomado sus abuelos, ya que ha trabajado en la farmacia durante 60 años. Detrás del mostrador,

además de despachar medicamentos, ánimos y consejos, le han anunciado suicidios, como aquella mujer que le dijo que no soportaba más. Él le recomendó acudir a un psiquiatra.

—Y el mismo psiquiatra al que fue, que también estaba en el juzgado de Jaén —recuerda Pedro—, fue el que le vino a hacer la autopsia.

En Valdepeñas, como en toda la Sierra Sur, los suicidas se cuelgan de olivos, de escaleras, de higueras, de balcones, de naves industriales, de nogales. La inmensa mayoría se ahorca, y el último suicida no fue una excepción. Nadie sospechó cuando aquel hombre deprimido que había regresado a Valdepeñas —vengo para quedarme, solía decir— compró una cuerda en la ferretería.

Le vieron comprar la cuerda, pero nadie sospechó.

De la memoria de Pedro saltan continuamente, sin ningún orden, casos de suicidios. A veces los mezcla con otras muertes, como el padre que aplastó a su hijo con el camión o el policía que mató al dueño de una bocatería, aunque luego reconduce la memoria, rebusca en los viejos cuadernos cobrizos o hurga en el ordenador para saber cuándo aquel hombre regó de billetes un almendró antes de colgarse en él o aquel otro que vivía en la miseria y dejó su mesilla rebosante de dinero. Porque él, recuerda, habrá acudido al levantamiento de medio centenar de cadáveres de suicidas a pesar de que ya no sea obligatoria la presencia del juez de paz. Eso no importa: a él le siguen avisando como símbolo de respeto y él sigue acudiendo como símbolo de responsabilidad.

Aquí, como en el resto de la comarca, se habla de padres, abuelos e hijos que se han colgado del mismo olivo, de esa bacteria que arrasa con varios miembros de una familia o de los clamorosos anuncios suicidas —frases de despedida, el apuro en arreglar cuentas, ordenar papeles— que nadie sabe escuchar. Por cada suicidio consumado, afirman las estadísticas, existen veinte tentativas. Algunos se van y otros se quedan.

—Sé que las cosas tienen que pasar —dice Toñi Gutiérrez—, y luego tenemos que quedar personas para explicar cómo tienen que ser las cosas.

Toñi tiene el pelo corto, la Cruz de Caravaca al cuello y una duda a cuestas: no sabe por qué le ha pasado «esto». La primera vez que se intentó quitar la vida tenía 33 años y luchaba por mantener su hogar. Han pasado 15 años y a Toñi, que habla sentada en el mismo salón verde y naranja de su casa de Alcalá la Real, «esto» le ha vuelto a suceder. A mí me da vergüenza preguntarle por el último intento fallido y por sus dolores de siempre, pero ella atraviesa mi rubor y detalla cómo se intentó matar el Jueves Santo de 2019:

—Tomando pastillas. Muchas pastillas. Esta mesa —dice, y abre los brazos casi un metro— estaba así de pastillas. No me cogían más en el estómago. Quedaron pastillas en la mesa.

Hacia el mediodía de aquel día de abril, Toñi se colgó varias medallas al cuello y rezó, escribió una nota a su hija diciéndole que la quería, que todo lo material era para ella pero que necesitaba marcharse y, durante más de media hora, fue sacando de los envases decenas de inmunosupresores, antidepresivos, antiinflamatorios y ansiolíticos. Al acabar, empezó a tragar las pastillas con pequeños sorbos de leche y cacao hasta marearse. Luego se hizo varios cortes en los brazos y se desmayó.

A Toñi se le empañan los ojos al recordar su historia. A veces empieza una frase, la interrumpe y dice que quizá haya quienes quieren llamar la atención. Entonces arranca y se atasca de nuevo, vuelve a hablar y acaba mutilando su narración. A cambio, repite una y otra vez que su vida ha sido un esfuerzo continuo debido a exigencias familiares, a la colitis ulcerosa que arrastra desde joven, al miedo a decepcionar y a la mala suerte. Dice que no hay que ser una persona sombría para tener repuntes y habla de «llegar allí» o de «quedarse aquí» y de ese miedo que le recorre el cuerpo cuando le preguntan «cuántas horas», y yo no lo acabo de entender. Así que trato de asegurarme y, al decirle si se refiere a que hay quienes se quieren quitar la vida y se le acercan para saber el número de horas que las pastillas tardan en actuar, ella afirma con un resoplido: la gente conoce su historia. Las palabras vuelven a temblar en su boca y ella, en lugar de expulsarlas, chasquea los labios y dice «no sé». Porque ni cree que el suicidio esté arraigado en la región, como le han dicho, ni conoce la combinación que a veces le impulsa a querer matarse.

—Lo único que piensas es en salir del sufrimiento que no puedes aguantar más. La única salida que ves es esa, el descanso —reconoce—. Días antes, vas a dar señales de que tienes un

problema. Porque tú, en realidad, lo que quieres es solucionar ese problema. Lo que no sabes es cómo.

Sí sabe otras cosas. Toñi sabe, por ejemplo, que el sol le sienta bien y la presión familiar muy mal, que (también) somos química, que un bisabuelo se colgó de un árbol, que la serotonina le eleva el ánimo, que siempre ha estado rodeada de factores negativos y que, de vez en cuando, sufre súbitos zarpazos que ya puede manejar, aunque hay momentos que dice «hasta aquí». Lo primero que hace, entonces, es salir de su colorido salón y bajar a la calle por unas escaleras blancas y negras.

Pero la última vez lo meditó durante dos días, «y esas son las peores: como lo pienses, ahí sí te puede salir muy bien». Toñi había llegado exhausta al *mes más cruel* y quiso asegurarse que dejaría de sufrir tragándose aquella montaña de pastillas. Antes de comenzar la trágica liturgia —la carta, los rezos, las medallas— se despidió de su hija y de su nieto desde el balcón en el que ahora cultiva flores y fresas. Silencio y ausencia: a la mañana siguiente, su madre la echó de menos y avisó a su nieta, que regresó de Granada y se encontró a Toñi desmadejada en el sofá con las piernas moradas, la nota escrita y pastillas desparramadas en la mesa. Al ver la escena, su hija rápidamente llamó a los médicos, quienes trataron de devolverle el pulso a Toñi mientras uno de ellos arrancaba un cuadro para reanimarla en el sofá, las luces de la ambulancia latían en el portal y los feligreses se unían a la procesión —era Viernes Santo— de la iglesia de la Consolación. Su corazón, de repente, se detuvo, y los médicos decidieron trasladarla al hospital en helicóptero sin mucha esperanza de que sobreviviera.

Pero Toñi despertó días más tarde en el hospital cargada de rabia por no haberlo conseguido. Y ella, que solo quería descansar, se quedó con medio cuerpo paralizado, el nervio ciático de un pie pinzado y la extraña certeza de quedarse aquí para explicar cómo tienen que ser las cosas.

Esta es la primera parte de la crónica ‘Suicidarse en la Sierra Sur’. La semana que viene podrás seguir leyendo esta crónica de Diego Cobo



altair
magazine

SUSCRÍBETE VOCES PASOS CICLOS ▾ 360° ▾ MAPA TIENDA ALTAÏR LIBRERÍA
COLABORA INICIAR SESIÓN



El Santo Custodio Perez Arundo

Abundantes nogales

Suicidarse en la Sierra Sur (II) por *Diego Cobo*
en Pasos

Esta es la segunda parte de la crónica 'Suicidarse en la Sierra Sur'. Puedes leer la primera aquí.

Cuando el calor de finales de primavera aún no se ha desbocado, la Universidad Nacional de Educación a Distancia anuncia los cursos de verano de Alcalá la Real. Uno aborda el bilingüismo en la educación, otro los efectos del Covid-19 y un tercero tratará el suicidio; una de las ponencias, *La muerte por suicidio en la zona de Alcalá la Real desde 1980*, estará a cargo del psiquiatra Manuel Gurpegui. Voy a su encuentro.

En el pequeño patio de la facultad de medicina de Granada, a una hora de Alcalá la Real, hay un busto de Hipócrates y un epígrafe: «Lo primero, no hacer daño». En la puerta de un despacho de la novena planta, el catedrático Gurpegui cuelga dos proverbios del Antiguo Testamento. «Más vale el tardo a la ira que el fuerte», dice la primera de las «propinas» que ofrece todos los meses, «y quien domina su ánimo que quien toma una ciudad». Gurpegui fue uno de los investigadores que en 1991 se propuso saber si aquel siniestro rumor en varias poblaciones muy próximas entre sí correspondía a la realidad. Y comprobaron que sí.

—Ese es el valor del estudio —dice un amable Gurpegui—: confirmar que la creencia popular tiene base.

Iznájar y Montefrío rayaron, en los años ochenta, 40 suicidios por cien mil habitantes; Frailes los sobrepasaba. Castillo de Locubín rozó los treinta y Alcalá la Real registró una tasa de 25,5. Los datos recolectados eran espeluznantes y más propios de países como Hungría que de España, donde la incidencia rondaba los cuatro. Algo extraño sucedía, y se creyó que podía deberse a un fenómeno local.

—Lo mismo que hay una cultura en la zona —explica ahora el profesor—, puede haber una subcultura según familias: que dentro de una familia esté incorporado que las dificultades de la vida se pueden afrontar quitándose de en medio. Puede haber una cultura familiar en la que no se ve tan mal el suicidio. En estas zonas está como más incorporado y la gente está más acostumbrada: si algo ocurre a menudo, la gente se acostumbra más.

Gurpegui, que ha seguido la evolución de esas mismas poblaciones entre 1990 y 2014, comprobó que es tres veces más probable que se suicide un hombre a que lo haga una mujer; también que los índices de suicidio bajaron, aunque eso no evitaba que se hayan seguido quitando la vida con muchas más frecuencia (19,5 casos por cien mil en Alcalá) ni que los profesionales sigan abrumándose al ver cómo las tasas de suicidio en varias poblaciones en torno a la Sierra Sur doblan y triplican, un año tras otro, la media nacional.

Esa curiosidad espoleó a Rosa Guillén, que quiso profundizar en los factores de la peste suicida. Era el año 2015, un muchacho de Frailes se había quitado la vida y la joven psicóloga, conmocionada por la tragedia,

empezó a escribir la tesis doctoral sobre el suicidio en la comarca. Rosa reunió información de su pueblo, de Alcalá la Real, de Castillo de Locubín, de Iznájar y de Priego de Córdoba. Sí, había estudiado la clásica teoría de Durkheim, sabía que hay factores genéticos que pueden desembocar en suicidio y conocía varios ingredientes —el aislamiento de las aldeas, la marginalidad, su altitud— que podrían contribuir a disparar la incidencia. Pero ella quería explorar las profundidades y amplió su radio de investigación. Hurgó en estudios geológicos de la zona para buscar respuestas sobre el magnetismo y se zambulló en tesis doctorales que relacionaban pesticidas con depresión y suicidios, y así supo que la exposición a esas sustancias —y en esta región los aviones fumigan los millones de olivos— baja los niveles de litio e interfiere en las vías serotoninérgicas. Entonces encargó un informe sobre el agua de Frailes, ya que el litio estabiliza el ánimo, y leyó estudios que vinculaban las bajas tasas de suicidio y el consumo de agua con mayores concentraciones de ese metal. Rosa también conocía la relación entre salud mental y las temperaturas, la humedad, la presión barométrica, los días nublados y los prolongados períodos de lluvia. Leyó un artículo médico que señalaba que la tasa de suicidio en el partido judicial de Priego de Córdoba entre 1960 y 1990 había triplicado la incidencia del país; el estudio, además, aportaba varias peculiaridades: se había suicidado más gente en primavera, el grupo más numeroso estaba en la cincuentena, el método mayoritario era el ahorcamiento, la mayoría eran hombres y era más probable que se mataran entre las ocho de la mañana y las cuatro de la tarde y durante el fin de semana. Rosa Guillén también tomó creencias populares, como la que asegura que muchos suicidios se deben a la abundancia de nogales, y descubrió que Plinio el Viejo había escrito, en su *Historia Natural*, que «su sombra se desploma y ofende al cerebro del hombre y provoca molestias a todo lo que se plante alrededor». Un botánico, sin embargo, le explicó que eso se debe a una sustancia que los nogales emplean para eliminar la competencia vegetal de su alrededor.

Rosa también conocía la relación entre salud mental y las temperaturas, la humedad, la presión barométrica, los días nublados y los prolongados períodos de lluvia.

Rosa pensó, en definitiva, que las causas profundas del suicidio en la Sierra Sur se hallaban en la mezcla de todos los factores en los que se había sumergido y que nunca entendió del todo: tres años después empezó a sufrir ataques de ansiedad. Empezó, también, a acariciar la idea de quitarse la vida:

—Yo veía la forma de quitarme la vida en cualquier cosa: veía un cuadro y pensaba en romperlo y cortarme las venas; veía el cuchillo en el bar en el que trabajaba y me imaginaba cortándome las venas; iba conduciendo y solo veía las señales de tráfico rotas y cortándome con ellas; en un enchufe veía cómo meter los dedos para electrocutarme. Si yo no hubiera sido capaz de pedir ayuda, lo hubiera acabado haciendo.

No todos los elementos que Rosa había estudiado encajaban en el molde académico. Eran los propios de su tierra y eran más sutiles, un universo mágico de mitos, milagros y santones. Así fue como contactó con Manuel Amezcua para rastrear el vínculo entre la existencia de curanderos y los suicidios, aunque el antropólogo le dijo que era difícil establecer una causa directa. Pero le dijo algo más: su presencia era un ingrediente más en la alquimia social, y eso sí influía en la conducta de la gente. El cronista y exalcalde más popular de Alcalá la Real, Paco Martín, recuerda un suicidio ligado al «espiritismo más vulgar» durante su mandato. Ese mundo supersticioso arraigado en aldeas rurales, me explicó Martín, es propicio para que los más vulnerables puedan suicidarse. El curandero Antonio de las Chozas, que remediaba el mal de ojo en Castillo de Locubín, lo expresaba más poéticamente. «La tristeza es un virus que anda por la atmosfera», le contó a Amezcua, autor de *La Ruta de los Milagros*, «y que se posan donde los temperamentos son melancólicos por naturaleza».

En la Hoya del Salobral aún se percibe ese exotismo. Al corazón de la ruta de los milagros se llega por una carretera que atraviesa los últimos almendros de Frailes y, en lugar de desviarse hacia Valdepeñas, balbucea durante siete kilómetros rumbo a un puñado de casitas blancas. Y otro desvío empinado, y más requiebros que acaban en la ermita de la Virgen de la Cabeza. Detrás, la pequeña cueva rocosa en la que oraba el Santo Custodio. El joven Ángel Custodio había tomado el relevo del Santo Luisico a principios del siglo XX, quien le dejó el conocimiento secreto. Hoy, como cualquier día, los devotos visitan su cueva — dejan velas, mensajes, deseos— y cargan garrafas de agua milagrosa en una fuente cercana. Luego bajan a la aldea, se acercan a su casa, compran estampitas con su rostro en la única tienda de alimentación y las guardan en la cartera como un amuleto.

El suicidio es un tabú. Lo dice Toñi Gutiérrez, a quienes algunos se le acercan para preguntarle «cuántas horas» y otros se alejan por vergüenza. Y Santiago Campos, corresponsal de Alcalá la Real durante treinta años, que ni siquiera pudo escribir la noticia —no se publicaban suicidios— cuando un hombre se arrojó por la ventana y cayó frente a él junto a la plaza del ayuntamiento. Y un profesor de instituto que preguntó a un alumno, en el día de los enamorados, por el lazo negro en su jersey; el chico respondió que arrastraba un desamor, y se suicidó días después. Lo aseguran quienes han perdido a familiares pero no lo dicen y hablan del tabú en tercera persona. Y el juez de paz de Valdepeñas, que al quitar el pañuelo del cuello de

una mujer tendida en la cama, vio los surcos de la cuerda con la que se había ahorcado: su familia trataba de ocultar la causa de muerte. Sucede en pueblos como Iznájar, donde la incidencia en los años ochenta multiplicó por diez la tasa española y ahora niegan información al grupo de investigación de Gurpegui. La mesa técnica de Priego también ha tenido que romper prejuicios. Soledad Serrano, la representante de educación en el grupo, dice que la primera respuesta que obtuvo en la escuela primaria fue que, si hablaban del tema entre los niños, se fomentaría el suicidio. Sin saberlo, el director estaba cayendo en el primer mito de la campaña de prevención *Doce mitos, doce causas* que desplegaron en 2020. Sí hubo un profesor, Nono Siles, que abordó la muerte con los alumnos. Tampoco las facultades de psicología, según la experiencia de María del Rosario Calvo y Rosa Guillén, abundan en la primera causa de muerte no natural en España, que todos los años mutila 800.000 vidas en el mundo.

Al suicidio se le aplican explicaciones genéticas, culturales, sociales, psicológicas, químicas. Hay factores de riesgo, como los intentos previos o la impulsividad, y el exceso de suicidios en la Sierra Sur forma parte de esa cultura extendida. La periodista de la revista *Entreolivos* se lo preguntó a un grupo de expertos para escribir el artículo de los años noventa, y ellos le respondieron que el suicidio en la zona era «una salida extrema aprendida de la sociedad».

Al principio, solo podía sentir enfado y dolor al ver familias destrozadas, duelos eternos, conflictos o depresiones que le llevaron a surcar su propio camino interior.

Pero más allá de estadísticas y frías razones sociales o médicas, estos días apenas escucho explicaciones que acaricien nuestras profundidades. Y en Priego de Córdoba, un mediodía, de repente me viene a la cabeza el resumen de la razón por la que estoy aquí: Erich Fromm, además de diferenciar entre la persona sana y la neurótica, explicaba que la referencia de ambos era la sociedad. El filósofo alemán iba más allá y advertía la brecha entre el funcionamiento social y la expansión individual. «La persona considerada normal en razón de su buena adaptación, de su eficiencia social», escribió en *El miedo a la libertad*, «es a menudo menos sana que la neurótica, cuando se juzga según una escala de valores humanos. Frecuentemente está bien adaptado tan sólo porque se ha despojado de su yo con el fin de transformarse, en mayor o menor grado, en el tipo de persona que cree se espera socialmente que ella debe ser».

¿Y quién cuestiona lo extendidamente normal?

Eso —la causa real— es lo que busco en estas tierras, y desde las primeras palabras de Rosa Pardo, me doy cuenta de que me estoy acercando.

—El suicidio se ha escondido: no se da importancia a los dolores del alma de la gente— dice.

Antes de llegar al centro de salud en enero de 2020, Rosa sabía que miraría de frente al suicidio. Nunca imagino las proporciones: si en dos décadas como trabajadora social había atendido a dos personas, durante su primer año en Priego se encontró con 24 casos. Al principio, solo podía sentir enfado y dolor al ver familias destrozadas, duelos eternos, conflictos o depresiones que le llevaron a surcar su propio camino interior. No podía —no quería— sentirse ajena. Así fue asimilado lo que ya había intuido cuando, en sus primeras semanas aquí, le cayeron tres casos de suicidio (uno de ellos consumado). Poco tiempo y mucha rabia después, resolvió que ella podía hacer algo para dirigir la indignación. Por ejemplo, escuchar.

—Si tienes un poco de sensibilidad y estás preocupada —explica Rosa—, la sensación es que le está pasando a la humanidad. Es la gran hecatombe. Eso es lo que yo sentí.

Porque a esta mujer de alma pellizcada por el dolor de sus pacientes le preocupan los mandamientos sociales. Porque a su despacho llegan pacientes asfixiados por la soledad, el desempleo, la violencia machista, el duelo migratorio o las deudas. Pero también le inquietan los suicidios de quienes lo «tenían todo». Todo, claro, excepto la enseñanza de la segunda «propina» que el doctor Gurpegui había colgado en la puerta de su despacho: «Ciudad desmantelada, sin murallas, es el hombre que no controla su espíritu».

—¡Pero y qué! —se lamenta Rosa Pardo—, si lo material no es donde está la esencia, donde radica lo realmente importante de la vida. Por ejemplo, un problema de desempleo no es realmente un problema de desempleo. ¿Qué significa tener un empleo?, ¿mi autoestima se sujeta al valor del trabajo?, ¿me siento útil si trabajo? Entonces, claro, es llegar más allá.

Mientras tanto, el goteo de suicidios no se detiene. A finales de junio, tres semanas después de abandonar la Sierra Sur, un profesor de Priego de Córdoba me dice que se ha suicidado una mujer de 49 años con la que coincidía cuando paseaba al perro. Dos meses más tarde, me envía otro mensaje: «Este julio y agosto hubo cinco suicidios en Priego, que yo conociera, entre ellos un vecino que encontró mi hermana junto a su mujer en casa de su madre».

Un día me encuentro con Antonio Romero en Frailes, donde nació hace 64 años y ha instalado un centro de permacultura recientemente. Al encontrarnos a media tarde, hablamos sin prisa de su proyecto, de la inconsistencia del modelo agrícola actual o de su última excursión al Valle de Lecrín. Pero la luz se consume, las voraces mosquitos se agitan y alguien, sabiendo que su tía se había suicidado cuando era niño y que él pronto se levantará de la mesa, me sugiere que exprese por qué he venido esta vez. Yo obedezco, digo que estoy escribiendo sobre los suicidios y Antonio se queda pálido. Toma aire, hace una pausa y, con la voz zarandeada, dice que está viviendo un momento difícil: hace dos semanas se suicidó su hijo.

Su hijo, sí, se ha quitado la vida hace dos semanas, y esta tarde daría cualquier cosa por verle sonreír.

Antonio tiene el pelo blanco y una vitalidad que defiende días después de la tragedia mientras trata de convencerse de que su hijo, de 42 años, tomó la decisión con libertad.

—De alguna manera —reflexiona—, todos los hijos son ahora mis hijos y todos los hermanos son mis hermanos, y creo que soy mejor persona que hace dos semanas.

Es difícil tomarle la temperatura a Antonio. Su mundo se ha derrumbado y evita pensar cómo podría haber sido, pues hizo lo que estaba en sus manos. Él había dado el primer paso para reencontrarse y coser la herida que le separaba de su hijo desde hacía varios años. Fue el último día de un encuentro en la ecoaldea Los Portales, cuando un chico inglés le dijo que le recordaba a su padre fallecido, con quien se había peleado, y le preguntó si podía abrazarle como símbolo de reconciliación. Antonio le dijo que sí, y aquel abrazo mojado en lágrimas alivió el dolor del joven y removiolo a Antonio, que se puso en la piel de su propio hijo y se prometió la reconciliación. Al regresar a Granada días más tarde, llamó a su hermano para que mediara, aunque su esperanzadora respuesta nunca se materializó. Antonio solo conoce el final: el muchacho le dijo a su madre que iba a recoger su ordenador, le dio un beso en la frente y se fue al edificio de la universidad por el que se arrojó al vacío. Horas después, la policía le dio a su padre la noticia, las llaves del coche y el teléfono.

—Era la historia de una muerte anunciada —dice—, pero piensas que como no lo ha hecho, no lo va a hacer.

—¿Pero lo habías pensado?

—Si lo hubiera pensado habría actuado. Yo tampoco quiero entrar en el tema de la culpa. Ya no puedo hacer nada, lo único que puedo hacer es saber que todo lo que necesitó se lo di.

También dice que su hijo, «un chico cariñoso y de tristeza profunda», era lo más importante en su vida, y por eso lamenta los rencores, las heridas, el orgullo. Antonio paladea y medita sus palabras, y en un momento dice espontáneamente, como reflexionando en voz alta, que quizá debió de ir a buscarlo él mismo. Al menos, se consuela tras sus gafas ahumadas, una amiga de su hijo le ha dicho que la decisión de quitarse la vida ya estaba tomada y él solo podría haberla retrasado. Alguien también le ha dicho a modo de metáfora que, al nacer, nos dan un sobre cerrado con la fecha de muerte en su interior y no escrita en la frente de los hijos, como anhelaba Pascual Duarte.

Hay veces, sin embargo, que el sobre se abre con antelación, y en el juzgado de paz de Valdepeñas, donde Pedro Barranco recuerda los suicidios de los últimos 40 años, las nuevas actas de defunción ya no recogen la causa de muerte. Tampoco dan pistas a los vivos: no facilitan información a quienes quieren elaborar el árbol genealógico, la carta astral o el horóscopo. Se trata de un «interés espurio o diferente», según una hoja pegada al armario, como si el destino solo se pudiera conocer cuando sucede. Y eso, en la Sierra Sur de Jaén, ya no es una metáfora.

TAGS

Andalucía, España, Europa, Jaén

ESCRITO POR

Diego Cobo Periodista, escribe reportajes y crónicas de viaje sobre historias de interés humano. Ha estado entre mineros de Alaska, con las viudas del terrorismo en la sierra peruana, los apátridas en Haití, los refugiados palestinos o los migrantes en la frontera del sur de México. Para sus crónicas, se interna en el contexto del país y se mueve a pie, en moto, barco o bicicleta durante cientos de kilómetros. Así nacen la mayoría de sus trabajos. Es autor de Huellas Negras. Tras el rastro de la esclavitud.